

I Premio Literario Pablo Díez

Trabajo premiado: tema caso Pablo Díez

Autor: Javier Díez Carmona

EL BRILLO DE UN EURO

La contempló sin ganas, los ojos nublados por una acuosidad de la que no podía sustraerse, sellados los labios, retrato de fracaso en la victoria. Subía despacio, dibujando reflejos dorados en las paredes grises de silencio. Por fin, se detuvo ingrávida, flotando un segundo eterno sobre su ceño fruncido para caer brusca, plomiza, a la mano extendida.

Cara.

Se estudiaron sin palabras. Por un lado, el rictus angustiado del poderoso ejecutivo, firme y envarado en su sillón de cuero, el traje impoluto, el alma apergaminada. Por otro, un tenue resplandor de plata y oro, anillo que enmarcaba un número tan simple como siniestro: uno.

Sostuvo el euro en su palma viscosa de sudor frío, palpando la pretendida grandeza de aquel trozo de metal, extraño y minúsculo vehículo por donde, hacía tan poco, transitaran rabia, angustia y muerte. En algún lugar sonó un reloj, se colgó un teléfono, una puerta crujió al cerrarse. La moneda se escurrió inadvertida entre sus dedos, como inadvertidas rodaron las lágrimas por sus mejillas, labrando un surco demasiado cálido antes de precipitarse desde el mentón afeitado con esmero hasta el vacío de la mesa. A su espalda, las rendijas de las persianas se apagaban poco a poco, tiñendo la estancia de un resplandor sanguinolento, estertor exánime de la tarde que languidecía tras el bosque denso de edificios.

La plaza Catalunya presentaba el aspecto vital y anónimo de cada noche, de cada día. Indiferentes al invierno o al verano, sin importarles la luz o las tinieblas, incontables turistas rubios y adinerados, fugitivos emigrados de tez oscura, trabajadoras que surcaban veloces la calzada camino del trabajo o el hogar abandonado, jóvenes y litronas amasaban la esencia de una ciudad acelerada, urbe vibrante que no mira hacia atrás, que paladea con ansia el presente, fragmento escindido del futuro. Perdidos cada cual en sus placeres y negocios, agobiados por penurias o excitados por imaginadas perspectivas, nadie notó que el aire tornaba más

pesado, nadie comprendió el cambio infinitesimal en el gesto de las hojas, en el vuelo triste de las palomas. Tan sólo algún niño, alguna pequeña revestida de inocencia, fue capaz de intuir las gotas de rocío que, en una cálida noche estival, salpicaban los faros de los autobuses.

El hombre del traje caminaba atento al lustre de sus zapatos, pendiente de minucias regadas en un suelo siempre sucio, esquivando en el último momento a los viandantes que le observaban sorprendidos. Volver a la realidad, otear el entorno vivo por donde transitaba sería afrontar el vagar lloroso del transporte colectivo, comprender el desprecio de chóferes y revisores, verse perseguido por evocaciones espontáneas, por el rostro atónito, incrédulo, de Pablo. Bajó al metro, buscó el anonimato de los túneles, de los pasillos angostos, de la olorosa multitud apelotonada en los andenes. Imposible. Un aroma desagradable, esencia de rechazo repetido, flotaba sobre viajeros y raíles. El rugido del tren al abordar la estación, aullido amplificado en la gruta artificial, terminó por expulsarle, arrojarle al infierno de la calle, al gemir de los motores, al siseo amenazante de la brisa teñida de gasóleo.

Huyó al barrio gótico, lejos de asfalto y carreteras, a los altivos laberintos medievales donde mochileros y millonarios se maravillan de la sobria elegancia de la catedral, terreno vedado al imperio del tráfico. Recobró algo de tranquilidad paseando de la plaza Real a Escudellers, de Avinyó a Regomir. Las manos hundidas en la profundidad de los bolsillos, la mente abandonada al infinito del recuerdo, buceaba por callejas cada vez más estrechas, buscando la nada para respirar. Al fondo, clandestina, una tasca olvidada atraía a los clientes con la luz precaria de su vieja farola. El aroma del café le acarició con inanimada sensualidad. Entró, vagamente reconfortado por un lejano sentimiento familiar, olores conocidos, sabores, sensaciones. Se acodó satisfecho en la barra pegajosa, percibiendo un lejano ronroneo nacido de lo más hondo de su estómago, cuando a su oído llegaron retazos de conversaciones susurradas en las mesas. «Es increíble. Le despidieron por un euro. ¡Un euro! Y se suicidó. ¿Cómo alguien puede ser tan cruel?» El placer, la paz y el sosiego desaparecieron. Cerró los ojos y, al abrirlos, microscópicas gotitas salpicaron en todas direcciones. Descorazonado, sin lugar donde ocultarse, abandonó el local.

Las luces más dispersas a cada paso vacilante, los muros desconchados, los adoquines cuarteados por la desidia y los camiones de basura dibujaban, al transcurrir de los minutos, un cuadro diferente, una pintura alejada de los paisajes siempre verdes y amarillos que acostumbraba atravesar con su Mercedes. De haber mirado en torno a su vacío, de haber alzado la cabeza que jugaba al avestruz con el pasado, tal vez hubiera comprendido a tiempo que su traje de diseño y sus zapatos impecables no

eran adecuado pasaporte para aterrizar en un submundo oculto tras las múltiples capas de maquillaje que engalanan la ciudad. Pero, abotargado por un dolor y una culpabilidad que no reconocía, cegado por una densa cortina salobre, apenas si distinguía el movimiento zigzagueante de sus pasos sobre la acera. Hubo un rumor, un ruido mecánico, y un autobús dobló la esquina. Por un momento clavó en el hombre el desdén de sus focos enlutados. Acariciando nervioso la moneda que seguía adherida a sus dedos, afrontó con miedo el haz de luz. «Hice lo que tenía que hacer – murmuraba desde el fondo de su pecho–. Cumplí la normativa. Hice lo que tenía que hacer.» El vehículo cerró las puertas con un suspiro cansado y, acomodados los últimos viajeros, reanudó la marcha, devolviendo sombra y calma al perdido callejón.

Entonces le agarraron.

No supo cuántos eran. Intuyó los cuerpos, los brazos sudados que le rodearon con torpeza, el olor a alcohol barato y heces rancias, el golpe en la cabeza. Cayó de bruces, golpeando la frente contra el asfalto, el peso de los atacantes en su espalda. Desgarraron su chaqueta de elegante ejecutivo, le robaron la cartera, el dorado llavero del Mercedes, el Camel mentolado. Rendido a la golpiza esperaba, sin oponer resistencia, que los ladrones terminaran y huyeran, que cesaran las patadas para volver a la rutina de la soledad, cuando una hoja mellada se apoyó en su cuello, perforó la piel, y una hilera de dientes roídos regó su baba de borracho sobre el rostro desencajado. «¿Qué llevas en la mano? Dámelo. Dámelo o te rajo.»

No reaccionó. Paralizado por el terror, por la corriente helada que, nacida de sus genitales, latía dolorosa en su cerebro, hasta los pulmones se negaban a responder. El mendigo presionó con más fuerza. El filo rasgó la carne. La sangre, cálida y espesa, goteó despacio hasta el suelo. Quiso gritar. Quiso llorar. Quiso suplicar, rogar por su vida, pero no pudo. Estaba rígido, inmóvil como las gárgolas gastadas que miraban con indiferencia.

Pero aquello fue todo. El agresor retiró el cuchillo, se encogió de hombros y emitió un extraño sonido gutural, algo semejante a una risa esquizofrénica, mientras su compañero recriminaba con desgana: «Déjalo. ¿No ves que no es más que un puto euro? ¿No pensarías matarle por un euro? No se puede ser tan miserable».

Se difuminaron en las tinieblas lúgubres que resbalaban de los tejados. Dos, tres siluetas desgarradas, anónimos prisioneros del caballo y el vino barato evaporados entre sombras mientras, junto a su alterada respiración, la moneda brillaba silenciosa, inanimado espejo de algún lugar desconocido.